



***El bulto ritual
de Mundo Perdido, Tikal***

Maricela Ayala Falcón

México, Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002
(Cuadernos del Centro de Estudios Mayas, 27), 160 pp., ils.

por

DÚRDICA SÉGOTA

Este pequeño libro, por su tamaño, y modesto en cuanto a su presentación, inicia con una detallada y crítica revisión historiográfica en torno al tema de los bultos rituales representados en los códices o esculpidos en las estelas y dinteles encontrados *in situ*. Casi todos los estudios previos y también el trabajo que presento aquí se refieren a la cultura maya del periodo prehispánico, salvo algunas breves referencias al bulto sagrado de los mexicas, el *taquimilolli*, y algunas menciones de sus usos en la época colonial y actual.

Las primeras representaciones de los bultos en los relieves de los dinteles de Yaxchilán fueron estudiadas desde la década de 1970, son ofrendados por las mujeres y su contenido y uso eran desconocidos. Para los arqueólogos no eran una novedad, pues habían

prestado atención a este tipo de ofrendas casi tres décadas antes.

Sin embargo, en fechas recientes el tema cobró actualidad entre los estudiosos con el descubrimiento de un *cache* (escondrijo), en 1984, en el barrio llamado el Mundo Perdido de la ciudad maya del periodo Clásico, Tikal, hoy en el territorio guatemalteco. El hallazgo se realizó en una posición central de uno de los edificios que integran el conjunto y consiste en dos grandes platos de cincuenta centímetros, uno de ellos usado a manera de tapadera del otro (acerca de esta posición, la autora aventura una muy sugerente hipótesis: que se trata del concepto de la tierra, cubierta por el cielo, p. 131). En el espacio interior de estas dos piezas había un envoltorio, al parecer de amate, pintado de azul y con su amarre. El contenido de este bulto consistía en “Fragmentos óseos de un animal pequeño, restos de carbón y vegetales, una concha bivalva, obsidiana, dos pendientes de perla, una espina de raya, jade y espinas muy afiladas de una planta” (p. 35, la autora cita una comunicación personal del arqueólogo Bailey). Estos platos con el bulto en su interior estaban asociados, a su vez, con una ofrenda que contenía el cráneo de un infante, carbón y jade.

La amplia y sólida preparación académica de Maricela Ayala le permite estructurar su texto en torno a la hipótesis de que se trata de una ofrenda peculiar, de un “bulto de

poder”, y desarrolla los análisis a partir de las fuentes históricas, arqueológicas, iconográficas, etnográficas, lingüísticas y de los estudios de la epigrafía. A su vez, la información que le proporciona cada una de estas disciplinas por separado constituye el guión expositivo del libro.

Aprendemos con la autora que las fuentes escritas del periodo colonial permiten aseverar que “había diferentes clases de bultos con distinto contenido dependiendo del fin al que estaban destinados” (p. 62). Es una de las ideas que se retoman en las conclusiones del trabajo.

En cuanto a restos arqueológicos de bultos rituales, éstos fueron hallados en Uaxactún, y otros sitios menores cercanos a Tikal, y un gran número de ellos en Tikal mismo. A veces se ubicaron en las estructuras piramidales, plataformas o debajo de las estelas; estaban depositados en el suelo, o en una cista, es decir, una cavidad recubierta con lajas de piedra. La constante más importante de los contenidos son los objetos punzantes, obsidiana, jade y las formas conocidas como “excéntricas”, pero también llama la atención la presencia de cráneos, dientes y huesos humanos y de origen animal.

Se menciona que en sitios más distantes, como son Piedras Negras en la región del Usumacinta y Chichén Itzá en Yucatán, el número y la variedad de los bultos que aquí se estudian también fue importante. Es decir, se encuentran en toda la región maya (y, como Maricela Ayala subraya, en muchas otras partes de Mesoamérica). Además, como lo demuestran las excavaciones de Thomas Lee en la cueva de La Venta, Chiapas, fueron una práctica desde el periodo Preclásico.

El capítulo dedicado a la interpretación iconográfica tiene como tema principal el

momento de la entronización y la entrega de las insignias de poder (que suelen estar dentro de un bulto, transparente o no). Lo que me llama la atención es que la autora, al anunciar una lectura de “la relación entre texto e imagen”, centra su análisis o en el *Popol Vuh* o en la referencia de Landa, pero no (y en primera instancia) con el texto glífico que acompaña a la imagen. La excepción es la identificación de un elemento que aísla, el glifo llamado “dolor de muelas” que señala el bulto sagrado y es un indicador de entronización, tema del presente estudio. Incluso, al decir que “el texto y la imagen no coinciden” (pp. 94, 103, 108), creo que se abre una nueva posibilidad de análisis, pues habría que preguntarse qué tipo de relación establecen, una vez que sabemos que no se trata de una relación de coincidencia o de reiteración. Este problema queda abierto por el momento.

Hay un muy detallado y erudito análisis de las inscripciones en los dos capítulos siguientes, dedicados a la lingüística y a la epigrafía (y muy especialmente el glifo T684). Desde luego, me rebasa el intenso debate que lleva la autora con sus pares en ambas disciplinas, pero he de decir que, con la semántica y fonología alternada con ejemplos de la figuratividad, se establece una peculiar y original dinámica metodológica, en pos de unas hipótesis que resultan convincentes y enriquecedoras.

El soporte de esta etapa de estudio son de nuevo los relieves de Yaxchilán con las representaciones de los bultos rituales y elementos específicos como garras de jaguar y cuernos de venado, elementos utilizados por los señores en el ritual de autosacrificio. A su vez, los bultos encontrados en el contexto arqueológico también contenían el instrumental para este rito.

el *Pixom* era mucho más que un simple envoltorio. Se puede conjeturar que es “el alma” *envuelta* por el cuerpo físico del hombre, y como tal, aplicada a una sociedad es la “Ley”. Lo “legítimo”, lo que da orden al grupo y que era aplicado por el gobernante; él era el *receptáculo y ejecutor*. El que entrega el “envoltorio” los hace “sus ahijados”, pero el poseedor se convierte en *pixa Kahual*, el gobernante legítimo (p. 118). [Y,] En los casos de entronización lo que está envuelto es el *c’ac’al*; “lo que se cuida, la corona, el gobierno”; “la majestad”, o, como se le llamó entre los mexicanos, “el bulto que carga el gobernante, es el pueblo” (p. 119).

Atando cabos, las ofrendas se relacionaban con diversas funciones; un tipo especial de ofrenda es el bulto de poder. A su vez, no todos los bultos tienen el mismo significado.

El bulto sagrado del Mundo Perdido de Tikal perteneció al periodo del Clásico Tardío y lo identifica como “bulto de poder”. Estaba en un edificio asociado con el culto solar, varias tumbas del linaje de Gran Garra de Jaguar I, y muy especialmente con la tumba roja de Hasaw Kan K’awil, conquistador de Uaxactún y fundador de una nueva etapa en la historia de Tikal. En el bulto de este entierro estaba todo lo necesario para el autosacrificio, para la purificación, para el ritual al dios solar, culto a los antepasados y la ostentación del poder. Era “un Bulto de Gobierno que contenía las insignias de poder que no eran otra cosa que los nombres de los dioses” (p. 146).

Es una lástima que los mapas no sean del todo legibles, que algunos dibujos (por

ejemplo, la Estela 39 del Mundo Perdido o las láminas del *Códice Dresden*, entre otros) sean más manchas de tinta negra que las espléndidas figuras que suponemos; las fotografías son de muy mala calidad y peor reproducción. Repito, es una lástima porque todo el esfuerzo realizado a lo largo de este estudio desmerece enormemente pues no se trata de un *coffee-table book* y las ilustraciones tienen por función apoyar el discurso y las hipótesis que desarrolla la autora. Sabemos que los estudios acerca de cualquiera de las culturas prehispánicas se basan en primer lugar en un análisis de las imágenes y ésta es una razón suficientemente importante como para prestar más atención al cuidado de su edición.

Si se presenta la ocasión para una segunda edición de este trabajo, también sería deseable que, con un poco más de esfuerzo, se presentaran los textos que fueron escritos originalmente en las lenguas mayenses (por ejemplo, p. 60, *Chilam Balam de Tizimin*), en su traducción al español y no al inglés, como es el caso aquí.

Pero la minuciosa investigación, el largo y detallado análisis desde la perspectiva de la historia, arqueología, iconografía, lingüística y epigrafía que realiza en este libro Maricela Ayala es una sistematización de lo que conocemos hasta ahora acerca del tema de los bultos sagrados; también es una importante contribución en cuanto a su interpretación y en cuanto a una interesante propuesta metodológica de cruzamiento de datos procedentes de fuentes y disciplinas diversas. En un texto bien estructurado desarrolla varias hipótesis novedosas y, de manera inteligente, invita a la polémica y estudios futuros.